

## **COMO DEBEMOS ENTENDER EL CRECIMIENTO Y EL DESARROLLO ESPIRITUAL.**

Cuando hablo del crecimiento y el desarrollo espiritual me refiero al camino que decidimos seguir tomados de la mano del Señor. En la Biblia vemos cómo el Señor Jesús en diferentes ocasiones y a diferentes personas, les dijo que lo siguieran. El Señor retó a Sus discípulos a que lo siguieran, a que fueran en pos de Él, y hasta el día de hoy, Él espera que los que quieran ser discípulos, lo sigan. Una cosa es nacer de nuevo y llegar a ser hijos de Dios, pero otra cosa muy distinta es aceptar y disponernos a que Dios haga en nosotros lo que Él ha previsto ya en Su Plan Eterno. Dicho esto en otras palabras, una cosa es ser creyente en Jesús, y otra cosa muy diferente es ser discípulo de Jesús. Un creyente en Jesús es aquel que ha creído en el Hijo de Dios por medio de la fe; el discípulo es aquel que aparte de ser un creyente en Jesús, también acepta ser trabajado progresivamente por Él hasta ser transformado a Su imagen y semejanza.

Hoy en día muchos creyentes están divorciados de la parte del Evangelio que implica ser discipulados. A través de los años la Iglesia ha venido perdiendo la ruta básica de discipular a los creyentes, y esto se ha cambiado por la ambición de tener locales que puedan acaparar masas de “creyentes” salvos, que asistan una vez a la semana a escuchar un sermón. No estoy diciendo que no sea importante predicar el mensaje de la salvación eterna, pero se vuelve malo si no damos espacio a que el Evangelio se vuelva una ruta de crecimiento y desarrollo espiritual. Somos nosotros, los creyentes de este tiempo, los que hemos hecho una diferencia entre ser un creyente y un discípulo, pero originalmente no era así. Obviamente, resulta mucho más fácil para una persona creer en Cristo, a tener que dejar su propia vida para ir en pos del Señor. Muchos han hecho de Cristo, su benefactor, su fuente de provisión material, pero lo han desechado como al que puede esculpirlos hasta llegar a ser iguales a Él. Debido a un Evangelio tergiversado, las Iglesias se han convertido en un centro de ofertas, y cada quien escoge la que mejor le parezca y la que más le conviene.

Debido a este contexto en el que vivimos, vale la pena que nosotros dediquemos tiempo a entender qué significa crecer y desarrollarnos en el Señor. Si nunca aceptamos a Cristo como nuestro maestro, como el que nos ha de discipular, entonces, tampoco creceremos y nos desarrollaremos espiritualmente. Dios tiene una economía ya dispuesta para nosotros, y Él hará las cosas según Su Plan, así que no demos coces contra el aguijón, mejor empecemos a ser guiados por el Señor.

La exhortación central y básica de este mensaje es la siguiente: “dejemos de ser cristianos nominales, dejemos de buscar beneficios propios con el Evangelio, más bien, aceptemos los compromisos que conlleva seguir a Jesús. Si usted ya es un creyente, decida llevar el yugo del Señor, acepte que Él haga con su vida lo que Él quiera.

Hay muchas cosas que el Señor hace cuando nosotros decidimos crecer y desarrollarnos espiritualmente, pero veamos dos de ellas que son muy importantes:

### **1.- EL SEÑOR SE CONVIERTE EN UN TERAPEUTA QUE NOS BRINDA LIBERACIÓN Y SANACIÓN EN EL INTERIOR.**

Cuando nosotros decidimos ir en pos del Señor, Él empieza a convertirse para nosotros en nuestro terapeuta divino. Obviamente, los resultados de esta decisión no se ven de la noche a la mañana, el método divino no es lo “instantáneo”. Los que creen que una vigilia, un ayuno, una oración, una predicación, o cualquier otra práctica espiritual lo va a liberar de un día para otro está muy equivocado, Dios no obra así. El que experimenta cambios instantáneos, muy probablemente está tomando una dura ajena de Dios, pues, dice la Biblia que hay caminos que al hombre le parecen derechos pero su fin es muerte. Por ejemplo, un camino peligroso a seguir es la “religión”, ésta nos hace creer que podemos cambiar de manera rápida y por medio de nuestras propias fuerzas; si tomamos esta ruta encontraremos la muerte espiritual.

## 2.- EL SEÑOR ES EL AGENTE ACTIVO POR EL CUAL PODEMOS VIVIR LA VIDA EN DIOS.

Debemos creer que el Señor es el médico divino, pero que Él también es nuestra medicina. Si queremos progresar en el Evangelio, debemos aceptar que el único que nos puede liberar y sanar es el Señor. Si buscamos otras modalidades para cambiar, aparte de la persona misma de Jesús, vamos en el camino equivocado. Hay muchos creyentes que piensan que han cambiado sus vidas a causa de que no son tan malos, creen que son lo mejor de la familia y por eso están perseverando en el Evangelio. Dice *1 Corintios 1:26* **“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; v:27 sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; v:28 y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, v:29 a fin de que nadie se jacte en su presencia. v:30 Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús”**. El apóstol Pablo claramente nos dice que no éramos los menos peores, sino los peores, y por lo tanto, no podemos hacer nada por nosotros mismos. Aunque parezca raro, Dios nos permite vivir el fracaso para que nos demos cuenta de lo que somos. Dios no necesita averiguar qué tan malos somos, Él ya sabe que somos malos, los que no lo sabemos, o tratamos de ignorarlo somos nosotros; es por eso que Él nos permite vivir circunstancias en las que podamos ver nuestra baja, para que acudamos a Él como nuestro médico y nuestra medicina.

El Señor nos propone un camino por el cual podamos vivir alejados de nuestra vida carnal, siendo conformados a Su imagen y semejanza, manifestando así, Su Vida Divina. Nosotros debemos aceptar este camino de nuestra propia voluntad. Casi siempre Dios nos mete en diferentes circunstancias, las cuales Él usa para que nosotros escojamos según Su voluntad, no obstante, Él nos permite usar nuestro libre albedrío.

La actitud que nosotros debemos tomar ante el proceso de transformación que Dios quiere hacer en nuestras vidas es de quietud. Si nosotros queremos crecer y desarrollarnos espiritualmente, no debemos volvernos activistas, sino quietos. Tampoco es una quietud de dormirnos, o volvernos desentendidos de lo que el Señor quiere hacer, sino estar atentos a lo que Él quiere hacer, y habiéndolo entendido, poner en ello toda nuestra voluntad. Si nosotros nos agitamos (espiritualmente) con el fin de crecer, eso será lo que menos nos va a suceder. Tal vez muchos ya tienen bastantes años de haber conocido al Señor, pero lo único que han logrado con sus propios intentos de cambiar, es volverse “enanos” espirituales. Cuánto cansancio y desgaste han traído las promesas que le hemos hecho al Señor, y una y otra vez, lo único que hemos logrado es frustración. Dios no nos manda a que nosotros hagamos algo para crecer, lo único que Él demanda es que depongamos nuestra voluntad. El “no hacer nada” que Dios espera de nosotros es “no hacer nada por nosotros mismos, pero implícitamente cederle nuestra voluntad para que haga como Él quiera”.

Tal vez muchos se han acostumbrado a vivir en un vaivén espiritual, a veces tan llenos de Dios, y al poco tiempo están en profundas crisis espirituales; esto se puede convertir en un círculo vicioso, y no es lo que Dios quiere que nos suceda. Creamos a la metodología divina, tomémosnos de Su mano, cedámosle nuestra voluntad y dejemos que Él opere en nosotros. Dios no vendrá a irrumpir nuestra voluntad, Él espera que nosotros se la cedamos. Dice una parte de la Escritura: **“Dame, hijo mío, tu corazón...”**, quiere decir que Dios no lo toma por la fuerza, sino espera que nosotros se lo demos. Dios nos envía circunstancias para quebrarnos, para hacernos ver que no tenemos otro camino, pero Él no hará más allá de lo que nosotros no cedamos voluntariamente. Que alguien pierda su trabajo, que se enferme, que tenga problemas familiares, y otras situaciones parecidas, son sólo la solicitud divina para que el hombre ceda su “vivir” ante Dios. No confundamos el quebranto que Dios trae para que el hombre se rinda ante Él, con el quebranto que viene a causa de que Dios ya está operando en el hombre.

Un terapeuta es una persona cuyo oficio consiste en dar cuidado a alguien de manera constante hasta que se restablece totalmente; podemos decir, entonces, que Dios es nuestro terapeuta, es nuestro cuidador, es quien nos va guiar a nuestra sanción y liberación.

Cuando nosotros aceptamos al Señor, generalmente traemos muchos problemas encima, pero a los pocos días nos damos cuenta que ser salvos no arregló todos nuestros problemas. Muchos predicadores amenazan a los nuevos creyentes con el verso de *2 Corintios 5:17* ***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”***. Lo que ellos quieren hacerles creer a los nuevos creyentes, es que todos los problemas de los vicios y las ataduras de su vida sin Cristo deben desaparecer si de verdad han aceptado al Señor. Una propuesta de ese tipo frustra a cualquier persona, porque al siguiente día vuelve a ver sus mismos problemas de todo el tiempo. Ante tal situación muchos creyentes empiezan a caer en el error de la hipocresía, empiezan a usar máscaras de victoria, de santidad, de poder, de gozo y sobre todo en las reuniones de Iglesia, pero en el interior saben que no poseen nada de eso. Este es el tiempo de frustración de muchos creyentes, pues, se ven a sí mismos y se dan cuenta que aceptar a Cristo no los cambió en mucho. El pasaje anterior no nos está diciendo que debemos ser diferentes de la noche a la mañana, lo que nos dice es que ahora tenemos una nueva criatura en nuestro interior.

Al venir a Cristo no debemos preocuparnos por un cambio instantáneo, más bien, lo que debemos hacer es rendirle nuestra voluntad al Señor para que gradualmente vayamos siendo conformados a Su imagen y semejanza. Al nacer de nuevo lo que nos acontece es que Dios llega a hacerse uno con nuestro espíritu, pero eso es muy diferente a que Él more en nuestro corazón, en nuestros sentimientos, y en todo nuestro ser. Hay predicadores, que lejos de hablar el mensaje de salvación, lo que hacen es darle una terapia de “shock” a las personas. Luego de escuchar al predicador las personas quedan con tanta fobia, que en ese momento deciden aceptar a Cristo y dejar sus prácticas pecaminosas. Tales personas emprenden una jornada de cambiar sus vidas en sus propias fuerzas, pero ese camino es corto y cansado, más temprano que tarde, ellos sucumbirán ante su propia naturaleza.

Cuando nosotros venimos al Señor nos pasa más o menos como cuando compramos una computadora usada. Lo primero que se debe hacer es formatear la computadora, es decir, borrarle toda la información que tenía acumulada y dejarla como cuando estaba nueva. Cuando el Señor nos encuentra, estamos como una computadora usada, cargados de información; en términos de psicología a eso se le llama: “programas emocionales para la felicidad”. Tales programaciones son todas aquellas cosas que para nosotros se han convertido en un refugio, a raíz de las cosas malas, dolorosas, y tristes que hemos vivido. El ser humano de manera inconsciente busca siempre superar todo aquello que le trae dolor o tristeza, y es allí donde se configura cada persona a los “programas emocionales para la felicidad”.

La gran mayoría de los programas emocionales se forman en la etapa de nuestra niñez. Un ejemplo práctico de esto que estamos tratando, es la etapa de la vida cuando somos separados del pecho materno. Aunque no tuvimos consciencia de qué es ser destetado, en nosotros se forjaron programas, maneras de querer sobreponernos al desprendimiento del alimento y la seguridad que nos prodigaba el pecho de nuestra madre. A veces creemos que los niños no tienen percepción de la vida, sin embargo, la niñez es la etapa en la que surgen las programaciones emocionales, y la mayoría de éstos después sólo van evolucionando acorde a la edad. Tales programaciones no requieren el uso de la mente, sólo surgen a manera de actitudes reactivas a las circunstancias que se viven. Otro ejemplo de esto es cuando el niño conoce el fuego, seguro que la primera vez que vea el fuego, si no está bajo el cuidado de sus padres se va a quemar, pero aquella experiencia le creará una programación tal, que seguro la próxima vez no intentará tocarlo. Un niño a una edad temprana no razona, sin embargo, procesa instintivamente que el fuego es un peligro, y se aleja de él. De igual manera le sucede a los infantes con todas las cosas de la vida que causan dolor, procurarán alejarse o defenderse de tales situaciones; así se van creando los programas emocionales para la felicidad.

Cuando el ser humano llega a su adultez, tiene ciertas características que le distinguen de los demás. Algunas personas son orgullosas, otros son enojados, otros son envidiosos, otros son prepotentes, etc. todas estas “características” no son otra cosa más que la evolución de los programas que se forjaron en la niñez. Todas estas programaciones no se solucionan cuando

aceptamos a Cristo, al contrario, siguen estando presentes en nuestra vida. Si usted lee la Biblia se puede dar cuenta que el apóstol Pedro era un hombre muy rudo y muy peculiar en su manera de ser, a pesar de que conocía al Señor y había estado con él tres años y medio. Del apóstol Pedro es de quien más se habla en los Evangelios, pero en la realidad los doce tenían serios problemas en su humanidad. Ahora bien, traslademos eso a nuestra experiencia, todos sabemos nuestros conflictos internos, nuestros traumas, y la frustración que estas cosas nos producen al verlas presentes en nuestro “yo”, a pesar de que ahora somos hijos de Dios. Es por eso necesario que hagamos a Cristo nuestro terapeuta, es necesario que le entreguemos nuestra voluntad para que Él opere en nosotros conforme a Su gracia.

Lo primero que el Señor hará para liberarnos y sanarnos es dismantelar todos nuestros programas emocionales. Nosotros somos como una pizarra, en la cual se escribieron muchas cosas, pero para poder usarla nuevamente hay que borrarla. Así nos encontró el Señor, llenos, configurados a una manera de ser, por lo tanto, lo primero que Él hará es dismantelar todos nuestros programas emocionales. Leamos detenidamente los siguientes pasajes:

***Romanos 6:6 “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”.***

***Efesios 4:22 “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”.***

***Colosenses 3:9 “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos”.***

Lo que debemos entender de estos pasajes es que judicialmente el Señor ya venció al viejo hombre en la cruz del Calvario, por lo tanto, nosotros tenemos el poder para vencerlo. Lo que no debemos pasar por alto es que la victoria de Cristo sobre el viejo hombre en la cruz, no significa que éste se encuentre inactivo en nosotros, al contrario, está tan activo que debemos buscar la manera de despojarnos de él. El día que creímos en Jesús como nuestro salvador, fuimos salvos y hechos una nueva criatura en nuestro espíritu, pero no en todo nuestro ser. Erróneamente muchos dicen que el día que creyeron, el Señor llegó a sus corazones; pero eso no es cierto, el Señor no llega al corazón, llega al espíritu. Déjeme probarle esto con algunos versos:

***Apocalipsis 3:20 “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”.*** Este pasaje el Señor no se lo está diciendo a los inconversos, se lo está diciendo a la Iglesia de Laodicea. Dios hace un llamado a su pueblo a que le abran la puerta, obviamente, se está dirigiendo a creyentes, a salvos, a gente que ya lo recibió, pero una vez más el Señor les toca a la puerta para que lo dejen entrar. ¿El Señor llama una vez más a la puerta de los creyentes para que lo dejen entrar? Sí, el Señor quiere entrar en el corazón de los creyentes.

***Efesios 3:14 “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, v:15 de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, v:16 para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; v:17 para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor”.*** En estos versos el apóstol Pablo no le está hablando a incrédulos, sino a los creyentes que conforman la Iglesia de Éfeso. El apóstol Pablo dice que Cristo habitará en el corazón de aquellos creyentes que tienen fortalecido su hombre interior. Acá vemos claramente que hay una diferencia entre el corazón y el hombre interior (el cual es el espíritu).

Nosotros somos seres tripartitos, tenemos espíritu, alma y cuerpo. En cuanto a nuestro espíritu ya dijimos que es regenerado al creer en Cristo; pero el alma es la parte de nuestro ser que va siendo programada emocionalmente por las circunstancias de la vida. Tales programaciones no necesariamente se dan mediante el uso de la razón, sino por medio de las cargas emocionales que sufrimos en la vida. La razón de estudiar estas cosas es darnos cuenta que el Señor quiere dismantelar estos programas emocionales porque si bien, se forjaron en nuestra vida pasada sin Cristo, siguen funcionando aún en el presente, a pesar de que ya seamos hijos de Dios.

Todos nosotros, desde pequeños fuimos educados por nuestra familia acorde a una cultura y a un reglamento social, y eso nos presionó de una u otra manera a reprimir los programas emocionales, de manera que no afectáramos negativamente a los que nos rodeaban. Un ejemplo de esto que decimos son las “manías” que tenemos en la niñez: hay personas que llegan a grandes apegados al “pepe” (biberón), y entre los diez o quince años lo dejan, no porque quieran, sino por causa de la presión social. Reprimir todas nuestras programaciones emocionales resulta cansado y eso es frustrante para el interior.

De manera instintiva nosotros enviamos al subconsciente todos los sufrimientos y los conflictos que vamos teniendo en la vida, sin embargo, esa no es la manera adecuada para evacuarlos de nuestro ser. La liberación y la sanación divina no viene tratando de reprimirnos, sino haciendo de Cristo nuestro terapeuta y nuestra medicina. Lo que normalmente hemos hecho para recibir liberación es llegar al Señor y tratar las cosas con Él según nuestra “conciencia ordinaria”, es decir, según las cosas que nosotros tenemos conciencia “hoy”. La sabiduría divina no puede tratar las cosas desde el presente, porque nuestras programaciones emocionales que nos inducen a pecados y vicios del alma no se originaron en el “hoy”, sino en el pasado. La manera para ser libres genuinamente es despreiciar nuestra “conciencia ordinaria”. La invitación bíblica es que nos olvidemos de nosotros mismos y que nos exponamos delante del Señor.

Dice *Hebreos 4:16* **“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”**.

Cuando el apóstol nos dice que nos acerquemos al trono de la gracia, no se está refiriendo a algo tangible, si no al trono que está en los lugares celestiales. Los lugares celestiales no están relacionados con tiempo y espacio como todas las cosas creadas físicamente, sino que éstas existen en otra dimensión, son espirituales. Cada vez que nosotros nos acercamos al trono de la gracia, en realidad el Señor nos invita a estar en otra esfera, nos invita a salir de nuestro consiente ordinario, de nuestra vida basada en tiempo y espacio. Esto es como cuando alguien se golpea y queda “inconsciente”, en ese momento él está fuera de sí, no sabe medir tiempo y espacio, pero cuando vuelve en sí, poco a poco empieza a ubicarse en su realidad. Acercarnos al trono de la gracia es más o menos esta experiencia, sólo que no estamos hablando de quedarnos en un estado de inconsciencia, o trance, sino de ser trasladados al trono de la gracia, a los lugares celestiales con Cristo, por medio de la fe.

Si nosotros empezamos a exponernos ante la Presencia de Dios y despreciamos nuestro consiente ordinario, nuestros programas emocionales empezarán a ser dismantelados, tales programaciones van a desplomarse. ¿Por qué Dios necesita que despreiciemos voluntariamente nuestro consiente ordinario? Porque sólo así Él puede operar libremente en nosotros; la razón por la que no hemos tenido una genuina liberación es porque no hemos dejado que el Señor haga como Él quiera.

Algunos ahora en su etapa de adultez ya evolucionaron, dejaron de ser niños malcriados y ahora se han convertido en honorables personas, ya lograron “tapar” los desórdenes emocionales de su niñez, han logrado mandar al subconsciente los desprecios y los maltratos de la infancia, pero no se dan cuenta que jamás solucionaron de raíz ese problema, sino sólo lo camuflaron mientras crecieron. Algunos le piden al Señor que les cambie su presente, y no se dan cuenta que su estado actual es sólo el resultado de su vida pasada. Muchas personas creen que su problema es su pareja, el jefe, su condición financiera, etc. y lo peor es que se acercan a Dios a pedirle que les solucione sus problemas, como que supieran más que Dios. ¿Se puede usted imaginar qué pensará el Creador de todas las cosas al ver tales actitudes? Ya es tiempo que dejemos que Dios nos arregle nuestra vida, pero hagámonos a un lado, démosle espacio a que Él nos de el tratamiento necesario.

Hay muchos creyentes que se sienten con mucha tristeza por algo que les ha sucedido, y asisten a las reuniones de Iglesia para que Dios los consuele. Tales creyentes sólo quieren que Dios les solucione su problema de “hoy”, su actual situación, de modo que al llegar a la Iglesia, a través de los cantos o la prédica obtienen un consuelo para su alma. Dios no quiere solucionar nuestros problemas de esa manera, Él quiere sanarnos de raíz. En lugar de llorar su tristeza actual, acérquese a Dios y mientras está en silencio desprecie su problema, no lo presente ante Dios, sino calle delante de Él. Seguramente mientras esté en silencio el problema seguirá presente a través de pensamientos, pero déjelos pasar, no les dé importancia, sólo crea por medio de la fe que está delante de Dios. Al mantenernos en esa posición de fe, sin necesidad de hacer un esfuerzo mental por lograr estar delante de Dios, más que la conciencia de que estamos delante de Él, de pronto entraremos a la esfera del espíritu, la esfera en la que no existe la relación tiempo-espacio. Al estar en la esfera del espíritu no vamos a percibir que algo está pasando, pero no importa, el estar delante del Señor en silencio traerá frutos con el pasar del tiempo. No espere que el cambio surja en uno o dos días, seguramente serán meses para empezar a ver los frutos del Espíritu en nosotros.

La oración contemplativa no trae soluciones actuales, sino soluciona las cosas a largo plazo. La mayoría de nosotros fuimos enseñados por la religión evangélica a pedirle a Dios por las cosas presentes, pero esa no es la manera de obrar de Dios. Si persistimos en la oración contemplativa, presentándonos delante de Él, y ejercitándonos en el desprecio de nuestro consciente ordinario, poco a poco también empezaremos a percibir la liberación y la sanidad de nuestro ser interior, lo cual nos proporcionará el verdadero crecimiento y desarrollo espiritual.

Leer la Biblia jamás nos va a cambiar, y no es menospreciarla pero el mismo apóstol Pablo dijo: **“...la letra mata, mas el espíritu vivifica”** (2 Corintios 3:6). La doctrina no nos va a cambiar, tampoco los dones, ni la unción, sólo el Señor, Él es el terapeuta divino, Él nos puede cambiar. Dejemos que el Señor haga Su obra en nosotros como Él quiera, practiquemos la oración contemplativa veinte minutos en la mañana y veinte minutos en la tarde, y encontraremos verdadera restauración en nuestra vida. Durante ese tiempo no tenemos que hablar, sino por medio de la fe debemos estar en silencio poniendo suavemente nuestra atención en la persona del Señor. No tomemos esto a la ligera, practiquémoslo y poco a poco vamos a ver los efectos impresionantes de estar en comunión espiritual con Dios.